

ISABEL ARIAS

CUANDO
VOLVAMOS A
VERNOS



Isabel Arias



Cuando volvamos a vernos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Isabel Arias Elvira, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 991-2024

ISBN: 978-84-08-28347-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



UN NUEVO COMIENZO

La primera vez que visité París era tan solo una niña. Recuerdo que cuando el avión despegó para llevarme de regreso a Madrid, lloré. Lloré con la angustia de no saber si volvería a pisar aquella ciudad; con la misma angustia que uno llora tras el fin del primer amor, porque creemos que será imposible volver a sentir algo igual de bonito.

Poco podía imaginar entonces que treinta años después estaría aterrizando de nuevo en ese mismo aeropuerto, Charles de Gaulle... y sin billete de vuelta.

El avión tocó tierra y, como siempre, me agarré con fuerza a los reposabrazos hasta que mis nudillos perdieron su color. No me importaba volar, pero los despegues y los aterrizajes me daban pánico. Miré por la ventanilla y no pude sino sonreír ante la ironía del destino: llegaba a París buscando devolver el color a mi vida, que parecía desarrollarse en blanco y negro desde hacía tiempo, y me encontraba con un día tremendamente gris.

Por primera vez en toda mi existencia esperé paciente-mente a que el resto de pasajeros bajara del avión antes de levantarme a coger mi equipaje de mano y desembarcar. Soy de ese tipo aborrecible de personas que se levanta en cuanto se apagan los motores y casi la primera que baja

del avión, con esa sensación de querer aprovechar mi estancia en destino al máximo.

Pero aquella vez era diferente. Viajaba solo con billete de ida y no tenía ninguna prisa. Ese nublado día de junio yo aterrizaba en París, por fin, para quedarme. Volví a mirar por la ventanilla, en la que se habían depositado algunas gotas de condensación que me impedían tener una visión nítida del exterior, y me pregunté si encontraría en la capital francesa todo aquello que venía a buscar, que no era poco, y si conseguiría huir de lo que había dejado en Madrid, que era aún más.

Mientras los pasajeros iban saliendo del avión, encendí mi móvil y enseguida apareció en la pantalla un mensaje de bienvenida de mi amiga Marta, que me confirmaba nuestra cita a las seis de la tarde en el café que había frente a su apartamento, el mismo donde me había dejado las llaves de mi nueva casa.

Eran las dos y cuarto. Un amortiguado ruido procedente de mi tripa me recordó que no había comido aún —cualquiera lo hace en el avión—, y pensé que tendría que acostumbrarme a los horarios de comida franceses. En todo caso, ya que me habían dejado las llaves en un café, quizá conseguiría picar algo allí antes de instalarme.

Me metí el móvil en el bolso y me puse en marcha. Me despedí de la amable azafata con un *bonne journée* y decidí que tenía que empezar a refrescar mi francés. El escrito lo dominaba a la perfección y lo practicaba a diario gracias a mi trabajo, pero, siendo sincera conmigo misma, el oral lo tenía algo oxidado. No importaba mucho, porque eso cambiaría pronto; al fin y al cabo, ese era el idioma que más iba a utilizar allí, sin duda. ¡Qué poco podía imaginarme entonces que no sería así!

En menos de una hora me encontré sentada en la par-

te trasera de un taxi en el que sonaba una agradable canción de fondo, cuya letra no acertaba a entender —esperaba sinceramente que no fuera francés, o lo tenía más oxidado de lo que pensaba...—. Me dediqué a contemplar la ciudad a través de la ventana y a relajarme durante la media hora de trayecto que tenía por delante hasta mi nuevo hogar.

Me parecía increíble que tan solo un mes antes yo estuviera viviendo una existencia de lo más plana en Madrid, como anestesiada tras todo lo que había pasado; sola en mi pequeño piso, entregada completamente a mi trabajo en un organismo público y pasando las tardes en casa realizando algunas traducciones por mi cuenta para sacar un dinero extra.

Mi tiempo libre lo invertía en leer sin parar, lo que realmente me llenaba y lo que más me ayudaba a seguir adelante sin echar la vista atrás. Con cada nuevo libro que leía crecía en mí la ilusión de escribir algún día mi propia novela; un sueño que había tenido desde niña, pero para el que nunca había encontrado tiempo. Diego me animó constantemente a hacerlo, e incluso se ofreció a editarlo. Otro de esos proyectos que ya jamás llevaríamos a cabo.

Pero esa era una de las tareas que traía en mi maleta repleta de sueños para cumplir en París, la ciudad por la que tanto había paseado con él y que esperaba que me recibiera con los brazos abiertos, aunque esta vez viniera yo sola.

Desde pequeñita había soñado con instalarme en aquella ciudad. Habitar una de aquellas buhardillas cuyas luces veía iluminadas por las noches mientras me tomaba un *crêpe* caminando por aquellos señoriales bulevares haussmanianos. Había sido para mí un trauma enterarme de que aquellas ventanas en los tejados de zinc no escon-

dían amplias y elegantes buhardillas a la altura de lo señorial de los edificios, sino minúsculos habitáculos llamados *chambres de bonne* en los que originariamente residía el servicio, y a los que raramente llegaba el ascensor ni muchas de las comodidades de las que gozaban los pisos inferiores.

Desde aquel primer viaje a París siendo aún una niña, había recorrido sus calles con las personas más importantes para mí: con mis padres, con mis amigos, con todas las parejas que había tenido. Cada estancia en la capital francesa había sido mágica. Y algunas habían sido muy, muy divertidas. Pero, sobre todo, los viajes que había hecho con Diego habían sido... extraordinarios. Lo único que esperaba es que aquellas imágenes y recuerdos, aún dolorosos, no crearan una sombra imborrable sobre mi nueva vida en París.

Mientras estudiaba en la universidad me había dedicado a buscar los distintos organismos que tenían sede en la maravillosa ciudad de la luz. Soñaba con poder trabajar en alguno de ellos y mudarme allí, aunque solo fuera una temporada. Pero a veces el destino nos lleva por otros caminos y decide por nosotros, sin preguntarnos. El verano en que terminé la carrera conocí a Alberto, un chico de Barcelona. Enamorada como estaba de él, y en la creencia absoluta de que era el amor de mi vida, agarré los bártulos con la misma facilidad que decliné la plaza que había obtenido en el Máster de Traducción e Interpretación de ICADE y me cogí un puente aéreo a la Ciudad Condal sin billete de regreso.

Aunque la relación se terminó al cabo de unos años, jamás me arrepentí de aquello. Regresé a Madrid y allí encontré un nuevo trabajo y retomé el contacto con mis compañeros de la universidad y mis amigas del colegio.

Pero una vez más el destino no me dio tregua y Marta, una de mis mejores amigas, se trasladó a París cuando más unidas estábamos.

Marta llevaba años trabajando en las oficinas centrales de Leroy Merlin en Madrid y su jefe le había ofrecido un traslado (acompañado de una importante promoción) a la capital francesa. En parte la odié un poco por aceptar, pero ¿quién hubiera dicho que no a semejante oportunidad?

Ella se fue unos meses después de la muerte de Diego. De aquello hacía ya cinco años. Aunque mis días parecían tener más horas de las normales, para Marta, en cambio, el tiempo parecía volar. Desde su llegada a París había dejado su maravilloso trabajo en Leroy Merlin para irse a una importante editorial y había abandonado su apartamento en las afueras para trasladarse al barrio más bohemio, más animado y más cultural de toda la ciudad: Saint-Germain-des-Près. Además, al poco de instalarse se mudó allí su novio —ahora marido—, un piloto de Air France que no solo era guapo —nivel francés, que es otra liga—, sino que además tenía ese peculiar sentido del humor de las personas sumamente inteligentes que enamoraba a cualquiera.

El taxi se adentraba ya por las calles del centro y mi corazón empezaba a latir cada vez más rápido. Reconocía muchos de los lugares por los que pasábamos: la Place de la Concorde, la dorada cúpula de los Inválidos al fondo, el Boulevard Saint-Germain, con sus tiendas y cafés... Cuando giramos finalmente por la esquina de Les Deux Magots y bordeamos la Iglesia de Saint-Germain, aún no podía creer mi suerte.

Marta me había llamado unas cuatro semanas antes,

muy excitada y sin terminar de arrancar a hablar. Lo cual era extraño, porque ella es de esas personas que raramente se quedan sin palabras.

Era un diecinueve de mayo que podía haber sido un día cualquiera y que sin embargo se convirtió en uno que jamás olvidaría.

—Mariiii. —En realidad me llamo Isabelle, y ella se llama Marta, pero llevamos años llamándonos así la una a la otra y realmente no logro recordar por qué—. ¿Qué tal estás?

—Pues como siempre... Poca novedad. —Misma respuesta que le daba el noventa por ciento de las veces que me llamaba—. Nada emocionante desde que hablamos la última vez.

—Genial entonces. Ya te traigo yo la emoción... Agárrate. ¿Dónde estás ahora?

—En casa. Acabo de llegar de la oficina y me estoy haciendo un *chai*. Espera, que me siento en el sofá. —Cogí la taza de té y me la llevé al salón—. ¿Estás embarazada?

—¡No, mujer! Esto trata de ti, no de mí...

—Venga, va, suelta... —He de reconocer que no soy la encarnación de la paciencia y ya me estaba entrando curiosidad de la buena; esto sonaba a que realmente el día se iba a poner interesante para mí.

Pero no era el día lo que se iba a poner interesante; era mi vida. Cuando colgué el teléfono, veinte minutos más tarde, el rumbo de la misma había cambiado para siempre.

Mi amiga me contó que Michel, su vecino del segundo, un joven montañero con una melena rubia de esas atractivamente despeinadas, que se pasaba el día viajando por el mundo escalando ochomiles, había decidido por fin dejar París y poner su pequeño apartamento de una habitación, heredado de su abuela unos años antes, en

alquiler. Yo había coincidido con Michel en varias de las más de veinte veces que había ido a visitar a Marta.

Se habían conocido el primer día que ella se mudó al edificio y habían hecho buenas migas. Incluso había habido algo entre ellos, pero de escasa trascendencia, dada la vida de nómada que llevaba Michel.

El caso es que muchas noches habíamos acabado los tres en Le Chai, el café que estaba justo enfrente, tomando unas cervezas y unas *frites* y hablando de lo humano y lo divino. El chico era muy majo y, aunque no era mi tipo, podía reconocer lo que Marta había visto en él. En todo caso, su historia de amor —si a aquello podía llamarse así— no duró más de un mes, pero siguieron siendo buenos amigos. Por eso cuando tomó la decisión de alquilar el piso, enseguida se lo dijo a Marta, por si conocía a alguien de confianza. Y a ella le faltó tiempo para llamarme, claro.

—Tienes que venirte. Es una señal, está claro —me dijo Marta sin poder contener la emoción que emanaba de su voz.

—¿Tú crees? ¿No es un poco precipitado? ¿Y qué hago con el trabajo?

—No me vengas con rollos, Isabelle, que tu trabajo lo puedes hacer desde aquí. Tienes ya un montón de clientes y yo puedo intentar buscarte algo también desde la editorial. No seas boba. —Marta se puso seria—. Te lo mereces después de todo lo que has pasado. Te lo debes. Ven, escribe tu novela, vive en París. Es el sueño de tu vida.

Y lo era.

Así que aquí me hallaba, pocas semanas después, bajándome del taxi frente a la puerta de mi nueva casa. La calle era tan estrecha y el café estaba tan cerca que dejé las maletas delante del portal y entré hasta la barra, donde

encontré a Simon, uno de los camareros, limpiando las copas.

—*Salut, Simon!* —lo saludé con una sonrisa.

—*Oh là là!* Pero mira quién está por aquí... ¿Otra vez de visita? —El joven camarero rubio, que no debía de tener más de veinticinco años, me hizo pensar con su comentario que debía de haberme tomado allí muchas más cervezas de las que recordaba—. ¿Cuántos días estarás con nosotros?

—Pues mira... Es la primera vez que lo digo aquí en voz alta... Pero he venido para quedarme. —Esperé con atención la reacción en su cara, que no tardó más de dos segundos en aparecer en forma de sonrisa digna de anuncio.

—¿De verdad?! —Simon empezó a dar saltitos y no pude evitar sonreír yo también—. Ahhh, ahora entiendo. Por eso te ha dejado Michel aquí las llaves. Pensé que os las había dejado para regar las plantas o algo. Creo que me dijo que se iba al Annapurna, ¿no? —Mientras hablaba, Simon depositó en mi mano el manojito de llaves de mi nueva casa. Vale, eran solo dos más una chapita de esas que sirven para abrir los portales en París. Pero eran MIS llaves. MI chapita. No podía contener mi emoción. Ni mis ganas de instalarme en mi nuevo hogar. Así que me despedí de Simon prometiéndole que bajaría más tarde con Marta a tomar algo.

Cuando crucé la calle, mis maletas seguían ahí —menos mal—. Acerqué la chapita negra al «telefonillo» y la puerta se abrió. Una cosa que me ponía un poco nerviosa de las casas de París es que los pisos no estaban numerados. Simplemente había un panel con un teclado a la entrada de los portales, en el que un código que solo conocían los vecinos permitía abrir la puerta. En su defecto, con una chapita como la que yo tenía en el llavero, que

acercándola al panel abría el portal. Eso sí, una vez dentro, más te valía saber dónde ibas, porque ni un número, ni una letra... nada.

Atravesé el patio interior del edificio, en el que había un par de bancos muy agradables entre los dos árboles que crecían allí, y me encontré con otra de las cosas que me torturaban de París, sobre todo cuando llegabas cargada: muchos edificios eran muy antiguos y no tenían ascensor. Así que tuve que subir arrastrando las maletas, de una en una, intentando no matarme. Era un segundo piso, pero la altura era equivalente a un cuarto, ya que los apartamentos de este lado del patio (como el mío) tenían dos alturas. Pero me dio igual. En ese momento nada podía estropear mi felicidad.

Abrí la puerta, dejé las maletas en el descansillo y me adentré en el apartamento: tenía varios muebles y una inmensa biblioteca de más de cuatro mil libros que ocupaba toda la pared del fondo, que iba del suelo al techo del segundo piso. En la otra pared, un inmenso ventanal de dos alturas.

Agotada, no sabía si por el viaje o por la emoción del momento, me dejé caer en el sofá y sentí cómo las lágrimas afloraban a mis ojos. Iba a comenzar de nuevo. O al menos tenía la oportunidad de intentarlo. Estaba en casa.

El apartamento no era muy grande, pero era todo lo que yo necesitaba. El inmenso ventanal que ocupaba todo el frontal del apartamento y parte del techo dejaba pasar una mágica luz a raudales. En la planta baja, el espacio diáfano consistía en una preciosa cocina americana con una isla de madera y con lo indispensable para una persona que cocina tan poco como yo. Pero con una cafetera maravillosa a la que acababa de echar el ojo. Comer, no mucho. Pero café, podía beberme más de un litro al día.

Junto a la cocina, una amplia mesa de comedor con cuatro sillas metálicas con cojines. Al fondo, delante de la inmensa librería, un sofá y dos butacas para leer con pinta de ser comodísimas. Y, frente al ventanal, una mesa de despacho sobre la que Michel me había dejado una impresora y una lamparita.

No había televisión, y yo lo agradecía.

Desde el centro de la planta inferior subía una escalera de madera que daba acceso al dormitorio, que parecía flotar sobre la estancia de la planta baja. Aquí había una cama que no era pequeña, un par de cómodas junto a un inmenso armario empotrado y un baño bastante grande en proporción al resto del piso, que contaba con ducha y bañera.

El gran ventanal daba al patio por el que había entrado y tenía pinta de ser de lo más silencioso. Aquel apartamento era mi sueño hecho realidad.

De repente recordé las maletas al oír pasos por la escalera, y salí corriendo a meterlas dentro de casa y cerrar la puerta.

Debía de llevar un par de horas allí —aunque había perdido un poco la noción del tiempo colocando las cosas—, cuando tocaron al timbre. Confieso que valiente, valiente, no soy, y además no había mirilla. Pero un «Marriiii» inconfundible delató a Marta.

Abrí la puerta de inmediato y me abracé a mi amiga casi sin comprobar que era ella.

—Bueno, bueno... ¡Aún no me creo que vayas a vivir aquí! —Marta me miró como si estuviera viendo un fantasma—. Tía, ¡que vamos a ser vecinas! Qué fuerte...

Estaba tan emocionada como yo —incluso más—. En realidad, nos veíamos casi con más frecuencia en París de lo que nos habíamos conseguido ver en Madrid en el aje-

treo del día a día. Desde que se había mudado a la capital francesa yo había intentado venir a verla al menos cinco o seis veces al año, además de las dos o tres que ella iba a Madrid. En todo caso, esta vez era especial, sin duda. Esta vez no teníamos un cronómetro sobre nuestras cabezas.

Cogí un fular que había dejado sobre la silla, las llaves, y eché un vistazo al salón antes de cerrar la puerta y dirigirme a Le Chai junto a Marta.

A los pocos minutos estábamos sentadas en la terraza, viendo pasar gente, con una Coca-Cola Zero cada una y un *assiette de frites* para compartir. Cómo había echado de menos esas tardes que pasábamos allí hablando de nuestros sueños, de nuestros proyectos... Recordando momentos compartidos y riéndonos en cuanto la otra comenzaba una frase que ya sabíamos cómo iba a terminar. Tan bien nos conocíamos.

Me resultaba increíble pensar que ahora podríamos hacerlo siempre que quisiéramos.

Pronto se nos hizo de noche poniéndonos al día. Marta se había casado apenas tres meses antes y no la había visto desde la boda. Estuvo narrándome con todo lujo de detalles ese viaje de novios tan espectacular que habían hecho —lo de estar casada con un piloto tenía sin duda sus ventajas— y entretanto yo la miraba y sonreía mientras aprovechaba para dar buena cuenta de las *frites*. «Pronto tendremos que pedir otra ración», pensé.

Me sentía inmensamente feliz de ver así a mi amiga. No solo estaba enamoradísima y viviendo un sueño junto a Bastien, su marido, sino que todo parecía irle bien.

Yo había conocido a Marta cuando ambas teníamos unos veinticinco años. Ella era auditora en Leroy Merlin, donde yo estuve trabajando un tiempo *in-house* haciendo

traducciones. Coincidimos varias veces en la máquina de café, y un día nos pusimos a hablar y descubrimos que nos parecíamos muchísimo; como hermanas separadas al nacer.

Las dos éramos, en general, bastante asociales y no demasiado extrovertidas. Teníamos un sentido del humor y unos gustos similares. Fue la primera vez que hacía una amiga en el trabajo y no pude elegir mejor.

Yo no estuve mucho tiempo en la empresa, pero el vínculo que habíamos establecido duraría para siempre. Aunque la pobre Marta tenía unos horarios infernales y viajaba muchísimo, siempre sacábamos tiempo para hablar. Incluso veíamos programas y series de televisión juntas, cada una en una punta de España o del mundo, y las comentábamos por teléfono.

Marta tenía un hermano pequeño que le había dado dos sobrinos que eran la luz de su vida. No era muy niña, pero, ¡ay, sus sobrinos! Eso era otra cosa. Dani y Gema tenían siete y nueve años y, por supuesto, ya habían ido a visitarla a París con sus padres, y juntos habían pasado un fin de semana entero en Disneyland Paris. Viendo a Marta hablar de ellos, siempre supe que a pesar de su aversión a los niños sería una madre excelente.

Su última época en Madrid había sido un auténtico infierno de trabajo y llegó un momento en el que lo estaba pasando realmente mal. Así que la oferta del traslado a París le vino como caída del cielo. No obstante, su aterrizaje aquí tampoco había sido fácil. Mucho trabajo, nuevos compañeros —franceses—, una jefa que hacía más trabajo de administrativa que de directora general y con la que no se podía contar para nada, y demasiados viajes por toda Europa.

Pero la ciudad le gustaba, hizo algunos amigos y, sobre todo, conoció a Bastien, con el que empezó a salir. No

quería volver a Madrid. Así que se puso a buscar trabajo y, gracias a su currículum, bastante impresionante, y a que no le importó renunciar a buena parte del sueldo, enseñada encontró trabajo en una importante editorial.

El cambio en su vida fue radical: pasó de estar al menos quince días al mes fuera de casa a no viajar más que un par de veces al año. Dejó de trabajar doce horas diarias. Y nada de llevar el portátil a cuestas los fines de semana. Sí, con el cambio había perdido dinero, pero había ganado mucho en calidad de vida. Y eso ella no lo cambiaba ya por nada.

Me estuvo contando los nuevos proyectos de la editorial, los últimos eventos a los que había asistido, y me prometió que me llevaría a la próxima presentación de un libro.

También, como ya me había dicho cuando me llamó a Madrid, insistió en echarme una mano con el tema del trabajo.

—Siempre están buscando traductores en la editorial. No solo para los libros, sino para las notas de prensa y mil historias más —me aseguró mientras cogía la última *frite* del plato—. Tú pásame tu currículum.

—Vale, vale, pues en cuanto me instale y me organice un poco lo actualizo y te lo mando —le contesté—. De todos modos, he pensado en buscar algo para ver seres humanos. —Marta sonrió y alzó las cejas—. No, en serio. En Madrid muchas veces iba a trabajar a las empresas, o hacía alguna cosilla de interpretación... Me da miedo encerrarme aquí en mi piso, monísimo, y no tener nunca relación con nadie más que contigo y con Simon. —Sonreí al joven camarero que en ese momento nos traía una *omelette* con aspecto delicioso a cada una.

—Ya, eso es cierto. Mira que nos gusta poco la gente.

Pero lo cierto es que con alguien hay que tratar en este mundo. Eso sí, hay que seleccionar bien. —Nos reímos y volvimos a brindar.

La cena, que habíamos empalmado con la merienda, transcurrió con un encantador halo de familiaridad. Como si cenáramos juntas todos los días. Como si nuestros caminos nunca se hubieran separado.

Cuando ya estábamos pagando la cuenta apareció Bastien, aún con el uniforme, recién llegado del aeropuerto.

—Pero bueno, ¿quién está ya por aquí? —Me saludó con dos besos—. ¿Qué tal ha ido el viaje? Ya podía haberte traído yo...

—Pues habría estado genial —le sonreí—. Pero si ese avión se estrella a Marta le da algo, así que mejor hacemos como el Rey y su hija y volamos por separado, por si acaso.

Los tres nos reímos y, tras despedirnos de Simon, nos dirigimos hacia el portal de... madre mía, ¡nuestras casas!

Marta y Bastien subieron a su apartamento por la primera escalera y yo atravesé el patio para dirigirme al mío. Antes de despedirnos, Bastien se ofreció a ayudarme con cualquier cuestión de bricolaje que necesitara, y le tomé la palabra porque yo no sabía ni cambiar una bombilla, no hablemos ya de colgar un cuadro.

Saqué uno de los juegos de sábanas que Michel amablemente me había dejado e hice la cama. Me pegué una buena ducha y me puse el pijama. Era tarde, y más en horario francés, pero la excitación por el inicio de mi nueva vida me impedía irme a dormir, así que terminé de recoger mis cosas. La ropa ya la había ordenado por la tarde, pero aún me quedaban utensilios de la cocina y el baño y algunos diccionarios especializados. Lo cierto es que con internet apenas los utilizaba, pero seguían siendo útiles, sobre todo para tecnicismos.

Coloqué también mi ordenador y un pequeño altavoz inalámbrico, aunque vi con sorpresa que Michel tenía un viejo tocadiscos. Empecé a curiosear la docena de vinilos que tenía y encontré uno de Louis Armstrong. Abrí un poco las ventanas, pues la temperatura era muy agradable a esa hora, y me serví una copa del vino que Michel me había dejado en la cocina con una cariñosa nota de bienvenida.

Puse en marcha el tocadiscos y me senté en la cómoda butaca de lectura junto a la ventana.

En ese momento, mientras sonaba *What a wonderful world*, no podía sentirme más feliz. Y es que, en consonancia con la letra de la canción, el mundo me parecía maravilloso.

Mientras contemplaba las luces encendidas en casa de Marta (¡qué lujo poder vernos por la ventana!), pensé en todo lo que me esperaba a partir de entonces. No solo había dejado atrás el infierno que había vivido en los últimos años —si es que aquello podía dejarse atrás alguna vez—, sino que estaba cumpliendo el sueño de mi vida. El de una niña que un día se enamoró de una ciudad y decidió que de mayor viviría allí. Y lo acababa de lograr.

Michel me había alquilado el apartamento a un precio muy razonable, pues prefirió alquilárselo a alguien conocido que sabía que lo cuidaría. Había hecho una reforma increíble, conservando la esencia del piso, con sus vigas de madera en el techo, y ese suelo de madera antigua que crujía a cada paso que daba (¡y cómo me gustaba!) pero a la vez todo estaba nuevo y cuidadísimo.

Yo seguiría con mis proyectos de traducción, en los que podía trabajar desde cualquier sitio, que me daban para vivir razonablemente bien a la vez que tampoco me ocupaban demasiadas horas. Sobre todo, lo que

más me gustaba de mi trabajo era la posibilidad de organizar mi tiempo. Salvo fuegos de los que había que apagar para ayer, por lo general podía permitirme levantarme tarde o quedarme por las noches traduciendo hasta altas horas tras haber pasado la tarde paseando por la ciudad.

Mi tiempo era mío y eso me encantaba. En todo caso, como le había dicho a Marta, había pensado en buscarme un trabajo, no a jornada completa a lo mejor, pero sí unas horitas a la semana que me permitieran tener un ingreso fijo al mes y, a la vez, relacionarme con gente y aprovechar para resucitar mi francés.

Mantén el foco en mi objetivo: aprovechar la oportunidad de empezar de cero y construir una nueva vida en la que no tuvieran cabida el sufrimiento, el dolor ni las lágrimas. Pensar en lo que me llenaba. Como escribir mi novela. Y encontrar, al fin, la felicidad. No encontrarla en París; encontrarla en mí.

Me serví un poco más de vino y recordé una comida con Máximo Huerta, conocido y respetado escritor, pero, sobre todo, gran amigo. Nos habíamos visto unas semanas antes en Madrid. Él estaba inmerso en la promoción de su última novela, pero sacó un hueco para poder encontrarnos antes de mudarme a París. Max me dijo que debía aprovechar aquel cambio para tomar las riendas de mi vida y decidir qué quería hacer con ella.

—Isabelle, haces bien en irte —me dijo—. París puede ser una gran oportunidad. Tómatelo así. Es el momento de dejar de huir de ti misma y encontrarte por fin. Vive París. Recuerda todos los sueños que tenías y cúmplelos allí. Cambia de aires, conoce gente. Y disfruta de tu tiempo en soledad, solo así sabrás con quién quieres compartirlo, si es que quieres compartirlo con al-

guien. Es más —sonrió—, adelántate y cumple este sueño por los dos. Seguro que yo te sigo algún día.

Y supe que no bromeaba. Ambos esperábamos desde hacía años poder instalarnos en esa ciudad que era para nosotros como la Tierra Prometida. Aquello se quedó en mí y le estuve dando vueltas durante las semanas que siguieron. Y cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que tenía razón.

Así que llegué a París dispuesta a encontrarme; a permanecer quieta en un mundo que no dejaba de girar, y a reconciliarme con la soledad y con una maleta llena de ilusiones y sueños por cumplir.

En cuanto al amor, estaba segura de que podía ser feliz de nuevo en una relación, quizá incluso para siempre, pese a mi escepticismo ante al amor eterno. Pero desde luego para ello debía empezar por estar bien conmigo misma. Debía superar los fantasmas que llevaban años acechándome.

Sonreí mientras apuraba la copa de vino y decidí que ya era hora de irme a la cama. Cerré con cuidado los enormes ventanales, apagué las luces y me retiré a dormir, llevándome a la cama el libro que había estado leyendo en el avión: *Una tienda en París*, de mi amigo Máximo. Una delicia de novela ambientada en el París de principios del siglo xx, que me había firmado el día que nos habíamos visto en Madrid: «*Para Isabelle. Que esta historia se quede para siempre en ti. Disfruta de París. Vive, enamórate y escribe tu propia historia*».

Max había escrito una novela preciosa ambientada en la ciudad de mis —nuestros— sueños. ¿Conseguiría yo hacer lo mismo?